

Epistemología de la traducción.
*Análisis crítico de esta
actividad cognitiva.*

Alicia R. López López

Alguna vez alguien habrá escuchado “*la traducción perfecta es imposible*”. Desde Babel hasta nuestros días creo que el conflicto sigue en pie, se habla de la imposible tarea de traducir. Como profesionales buscamos salvar los obstáculos que se nos presentan, pero muchas veces nos embarga un sentido de frustración. El ideal de perfección es inasequible por lo cual tememos que *traduttore* sea sinónimo de *traditore*. Buscamos estrategias para llegar a ese ideal de traducción que es nuestra meta. Nos preguntamos acerca de que necesitamos como profesionales de esta práctica para desarrollarla con total eficiencia. Enumeramos mentalmente las necesidades que debemos cubrir: saber lenguas, tener conocimientos lingüísticos, profundizar y comprender la temática de los textos a traducir, abordar las problemáticas conceptuales de esos textos, investigar terminología... ¿Qué más? En este afán de constituirnos en comunicadores eficaces, mediadores válidos entre textos, el texto de partida y ese texto que nos quita el sueño que es el de llegada, surgen preguntas y cuestionamientos sobre la práctica, nuestra práctica traductora. Saber, conocimiento, ciencia... Tenemos que definirla y tenemos que definir nuestra subjetividad frente a esta práctica. *La subjetividad del traductor es el elemento central desde el que se reflexiona sobre el fenómeno de la traducción. La práctica traductora se constituye en un saber fragmentario porque no logra totalizarse sino que amplía el universo de su heterogeneidad.* (Amalia Rodríguez Monroy, 1999). Antes que un saber se lo define como un saber hacer desde una reflexión empírica de esta práctica. Saber hacer que es un acto de mediación, la traducción misma, que tiene un mediador, el traductor, En este sentido, utilizamos las palabras *traducción* y *traductor* en sentido amplio para referirnos al acto y la persona que efectúa la mediación. Si razonamos sobre el conocimiento que tenemos de esta práctica abordamos un campo más complejo que es el epistemológico.

Se preguntarán las causas que llevan a un traductor a formularse esta pregunta: ¿Por qué abordar la epistemología de la traducción? En definitiva la teoría sobre el conocimiento, del griego *episteme* = conocimiento y *logos*= teoría. Se busca estudiar la producción y validación del conocimiento científico en esta actividad cognitiva. También surge que al estudiar y tratar de validar “*se ponen en cuestionamiento las premisas básicas*” de esta actividad y siguiendo la definición de –*Epistemologías, Epistémica y Epistemología* (Juan Manuel Delgado, 1997) – “*en base a estas premisas se diseñan los distintos métodos y técnicas de investigación*”.

Si abordamos una epistemología de la traducción, es decir una teoría del conocimiento, es importante realizar un análisis crítico y responder estas preguntas. ¿Qué es conocer? ¿Quién conoce? ¿Qué es lo conocido? para construir el **objeto de estudio**.

A partir de este cuestionamiento se despliegan las teorías del objeto y del sujeto de conocimiento relacionadas específicamente con la traducción. ¿Por qué se traduce? ¿Para qué se traduce? ¿Para quién se traduce? ¿Quién traduce?

La razón de ser de la traducción es la diferencia entre las lenguas y las culturas; la traducción tiene una finalidad comunicativa; se dirige a un destinatario que necesita de la traducción al desconocer la lengua y la cultura en la que está formulado el texto original; y la traducción se ve condicionada por la finalidad y esta finalidad varía según los casos. Explicamos de esta manera el hecho traductor pero también nos interesa definir la necesidad de una competencia traductora es decir considerar las competencias necesarias para abordar esta tarea. El traductor necesita una competencia de comprensión en la lengua de partida y una competencia de expresión en la lengua de llegada.

Finalmente definimos a la traducción como una actividad de un sujeto (el traductor) que necesita una competencia específica (la competencia traductora) y que éste, para traducir textos, debe efectuar un complejo proceso mental que consiste en comprender el sentido que éstos transmiten, para luego reformularlo con los medios de otra lengua, teniendo en cuenta las necesidades del destinatario y la finalidad de la traducción. Se trata de interpretar primero (el texto, el contexto, la finalidad de la traducción), para comunicar después. (Amparo Hurtado Albir, 2001)

Desarrollo del tema

La necesidad de observar empíricamente la realidad, en este caso el hecho traductor, para identificar los elementos que lo componen y agruparlos por afinidades, es decir, variedades de traducción nos lleva al concepto de ciencia del latín *scientia*, “conocimiento”, conjunto de métodos y técnicas para la adquisición y organización de conocimientos sobre la estructura de un conjunto de hechos objetivos y accesibles a varios observadores. La disciplina que reflexiona en forma teórica sobre la traducción es la Traductología o teoría de la traducción. Esta comienza en Occidente con Cicerón y a pesar de la larga historia de la traducción este saber sobre la práctica de la traducción ha sido más pobre de lo que hubiera cabido esperar. Se la clasifica como una ciencia humana o social de acuerdo con su objeto de estudio. Ya que el quehacer humano es lo que le interesa: **el hecho traductor** pero por tratarse de una disciplina científica entabla relaciones con otras muchas disciplinas. En su investigación el traductólogo al igual que cualquier científico se ajusta a un cierto método, el [método científico](#), es decir, un proceso para la adquisición de conocimiento empírico.

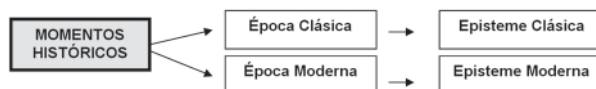
En el cuadro que sigue a continuación confirmamos porqué esta ciencia

es considerada humana. A su vez, la ciencia puede diferenciarse en ciencia básica y aplicada, siendo esta última la aplicación del conocimiento científico a las necesidades humanas y al desarrollo tecnológico. En el caso de los estudios de traducción la ciencia básica se define como los estudios puros y la ciencia aplicada se define como los estudios aplicados.

Disciplinas científicas	
<i>Esquema de clasificación planteado por el epistemólogo alemán Rudolf Carnap quien fue el primero en dividir a la ciencia en:</i>	
Ciencias formales	Por contraposición a las <u>ciencias fácticas</u> , son aquellas que no estudian fenómenos empíricos. Utilizan la <u>deducción</u> como método de búsqueda de la verdad: <u>Lógica</u> - <u>Matemática</u>
Ciencias naturales	En ellas se encuadran las <u>ciencias naturales</u> que tienen por objeto el estudio de la <u>naturaleza</u> . Siguen el <u>método científico</u> : <u>Astronomía</u> - <u>Biología</u> - <u>Física</u> - <u>Química</u> - <u>Geología</u> – <u>Geografía física</u>
Ciencias sociales	Son todas las disciplinas que se ocupan de los aspectos del ser humano - <u>cultura</u> y <u>sociedad</u> - El método depende de cada disciplina particular: <u>Antropología</u> - <u>Ciencia política</u> - <u>Demografía</u> - <u>Economía</u> - <u>Historia</u> - <u>Psicología</u> - <u>Sociología</u> - <u>Geografía humana</u>

Las Ciencias Humanas son parte de la episteme moderna. En tal sentido debemos señalar dos momentos históricos: la época clásica y la época moderna, la primera se conecta con la episteme clásica y la segunda con la episteme moderna.

A modo de síntesis:



La Episteme Clásica concibe el campo del saber como absolutamente homogéneo donde todo conocimiento procedía al ordenamiento por el establecimiento de las diferencias y las definía por un orden.

La episteme (saber, $\xi \lambda \zeta \eta \mu \eta$) ciencia primera que se refiere al saber en si (sopho). Episteme “es el conjunto de relaciones que pueden unir una época

determinada, las practicas discursivas que originan ciertas figuras epistemológicas. Segmentan el tiempo histórico en 3 a priori diversos entre los cuales no hay leyes de transformación o tránsito: los cambios de un episteme a otro -renacimiento, época clásica, modernidad- son enigmáticos. La episteme no es una creación humana, es el “lugar” en el cual el hombre queda instalado en un punto desde el cual conoce y actúa de acuerdo con las reglas estructurales del episteme (inconciente). Las ciencias humanas forman parte del episteme moderno que marca el umbral de nuestra modernidad. La episteme moderna ha dibujado el perfil del hombre que “hace su propia historia” porque es el episteme que hace a tal hombre. El fin del hombre es el fin de episteme, en la que el hombre es el principal objeto de conocimiento. En el episteme no hay intensidades que no tengan fines y es la realidad en un tiempo determinado. Es la estructura que compensa al hombre en la construcción del mundo. Es un saber no metódico sino social, ideológico, colectivo, empírico, etc. Un planteo simplista sería pensar que estas disciplinas lo abordan al hombre, ocupándose y preocupándose por él. Tal aseveración no es incorrecta pero demanda mayores niveles de profundidad y complejización.

Un planteo simplista sería pensar que estas disciplinas lo abordan al hombre, ocupándose y preocupándose por él. Tal aseveración no es incorrecta pero demanda mayores niveles de profundidad y complejización.

Tal como lo expone Foucault (1966) en *El Triedro de los Saberes* “No hay duda alguna, ciertamente, de que el surgimiento histórico de cada una de las ciencias humanas aconteció en ocasión de un problema, de una exigencia, de un obstáculo teórico o práctico. ...desde que existen seres humanos y viven en sociedad, el hombre aislado o en grupo se ha convertido en objeto de la ciencia – esto no puede ser considerado ni tratado como un fenómeno de opinión: es un acontecimiento en el orden del saber. Este es uno de los pensamientos más acabados y prolíficos en torno a las Ciencias Humanas, su especificidad, problemáticas y debates.

2.4. Las Ciencias Humanas son designadas como un cuerpo de conocimientos, **conjunto de discursos o saberes**, cuya cientificidad se encuentra interpelada. En tal sentido una de las importantes conclusiones del autor de referencia, es que hablar de Ciencias del Hombre representa “*un simple abuso del lenguaje*” en tanto por sus condiciones de existencia y sobre el mismo suelo arqueológico constituyen otras configuraciones del saber, lo cual no implica que se traten de ideología o sean reducidas a una impostura.

”Es inútil decir que las ciencias humanas son falsas ciencias; no son ciencias en modo alguno; la configuración que define su positividad y las enraíza en la episteme moderna las pone, al mismo tiempo, fuera del estado de ser de las ciencias; y si se pregunta por qué han tomado este título, bastara con recordar que pertenece a la definición arqueológica de su enraizamiento.

to que llaman y acogen la transferencia de modelos tomados de las ciencias” (Foucault, 1996).

Toman por **objeto** al hombre pero no en referencia a su naturaleza sino a lo que tiene de empírico, ser vivo, trabajador, ser parlante, y aquello que le permite saber o tratar de saber las cuestiones atinentes a su condición de positividad, esto es sus acciones y las relaciones que mantiene con la vida, el trabajo, el lenguaje.

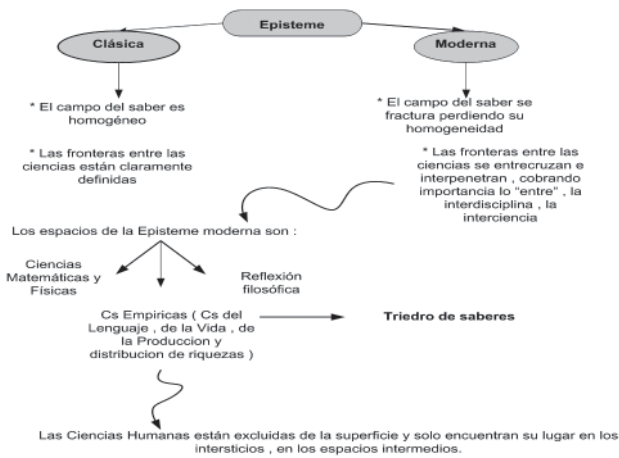
Ya se ha mencionado que la Episteme Clásica concibe el campo del saber como absolutamente homogéneo y se define por un orden pero a partir del siglo XIX se produce un quiebre, poniéndose en cuestión el orden, la formalización; el campo epistemológico se fracciona estallando en direcciones diversas con lo cual el dominio de la Episteme Moderna pasa a tener una representación diferente, ajena por completo de las jerarquías lineales.

Se retratan así los espacios de la Episteme Moderna o el triedro de los saberes como un espacio voluminoso tridimensional: las ciencias matemáticas y físicas, las ciencias empíricas y la reflexión filosófica. Las primeras se encasillan en el orden deductivo, en tanto que las segundas que incluyen las ciencias del lenguaje, de la vida, de la producción y distribución de riquezas, ponen en relación elementos discontinuos pero de naturaleza análoga. El tercer campo de saberes, la reflexión filosófica, se desarrolla como un pensamiento de lo mismo.

Se plantea a continuación la ubicación de las Ciencias Humanas en ese triedro y, sorprendentemente, se encuentran excluidas de las dimensiones, de la superficie y sólo encuentran su lugar en el **intersticio de los saberes**. Esta situación se torna ventajosa en un sentido y desventajosa en otro, transformando a estas ciencias en peligrosas y en peligro. ¿Cómo explicar esta ambigüedad? La ventaja se instala en tanto posibilidad de interrelación con todas las otras formas de saber, pero la desventaja ubica a las Ciencias Humanas en situación de precariedad, tal es lo que provoca su localización en el dominio epistémico.

Son además peligrosas en tanto representan una amenaza constante para otros saberes y el peligro estriba en su carácter incierto e inestable como ciencias.

En un cuadro de síntesis se detallan estas ideas.



Recuperamos la idea que las **Ciencias Humanas se encuentran excluidas de los espacios de la Episteme moderna.**

Entonces una de las dificultades con las cuales se confrontan es el vacío en referencia a un espacio epistemológico circunscrito y prescrito dado que su emergencia o su surgimiento histórico, se produce "en ocasión de un problema, de una exigencia, de un obstáculo teórico o práctico". Por tal razón, el hecho que el hombre se haya convertido en objeto científico, es "un acontecimiento en el orden del saber". Tal acontecimiento está íntimamente relacionado con los cambios de la episteme con lo cual pasan a delimitarse claramente las diferencias entre la episteme clásica y la moderna, según lo ya expuesto.

Por todo lo expuesto Foucault es taxativo al aseverar que "lo que explica la dificultad de las ciencias humanas...no es la extrema densidad de su objeto...sino más bien la complejidad de la configuración epistemológica en la que se encuentran colocadas, su relación constante a las tres dimensiones, que les da su espacio" (Foucault, 1996).

En todo caso lo propio de estas ciencias y lo que les brinda su carácter complejo "no es este objeto privilegiado y singularmente embrollado que es el hombre sino que es la disposición general de la episteme la que les hace lugar, las llama y las instauro, permitiéndoles así constituir al hombre como objeto de estudio".

Foucault menciona en *El Trietro de los Saberes* que "el objeto de las ciencias humanas no es el lenguaje (hablado sin embargo por ellos solos), es ese

ser que, desde el interior del lenguaje por el que está rodeado, se representa, al hablar, el sentido de las palabras o de las proposiciones que enuncia y se da, por último, la representación del lenguaje mismo.”

Según Roland Barthes (1957), postestructuralista y modernista de la segunda mitad del siglo XX, “es el lenguaje el que habla no el autor”. En su obra “*Le degré zéro de l’écriture*” Barthes define: “el ejemplo de una escritura no es sólo la de comunicar o de expresar, sino la de imponer un más allá del lenguaje, el cual es a la vez la Historia y el partido que allí se toma”. La lengua es propiedad del colectivo y no del escritor. “Ella encierra toda la creación literaria de la misma manera como el cielo, el suelo y su unión dibujan para el hombre un habitat familiar”. “**Language is legislation, speech is its code**” (cuya traducción juega con dos términos lenguaje y lengua “Lenguaje es la legislación, la lengua es su código). Barthes retoma los conceptos de lingüística de Saussure y considera que el lenguaje es mucho más amplio que la lengua. Se constituye a partir de su teoría y estudios como el fundador de la semiótica en Francia. Siguiendo a Roland Barthes una ideología se expresa mediante ciertos términos clave que nos conducen, más allá del texto, hasta un corpus de preceptos.

Esto nos lleva a contemplar el hecho traductor desde la traducción semiótica, es decir esto implicaría la identificación del sistema semiótico como constituyente de un cierto sistema cultural, la transmisión de información extraída de la identificación de las claves del texto, una explicación a través de sinónimos, extensiones, paráfrasis, etc. si la información no basta y, finalmente, una transformación cuando se considere que algo se ha perdido en relación a las intenciones y/o el status como signo. Hatim y Mason (1990) aseguran que para preservar el significado deseado (*intended meaning*) – criterio primordial de actuación del traductor– éste debe considerar la cohesión en relación a lo que constituye el conocimiento asumido tanto para el lector de la lengua de partida como para el de la de llegada. “*Translators have to reassess hypotheses about hearers’ beliefs and speakers’ assessment of those beliefs in the text to be translated*” (según su traducción “Los traductores tienen que reevaluar las hipótesis acerca de los pensamientos de los lectores oyentes y de la evaluación de los emisores/hablantes de estos pensamientos en el texto que se va a traducir” (1990). Ellos se pronuncian en contra de cualquier licencia por parte de un traductor que esté ocasionada por el reflejo de una cierta actitud hacia el texto original y se relacione con la puntuación, la redundancia, el estilo o la ideología. Siguiendo la línea de la teoría del *reader’s response* (la respuesta del lector), para ellos el traductor debe dejar todas las puertas abiertas al lector para que pueda realizar el mayor número de interpretaciones posibles. El traductor debe, además de ser un procesador competente de las intenciones en cualquier texto de origen, estar en posición de realizar juicios sobre el efecto probable de la traducción en los lectores/oyentes del texto de llegada.

Relevamos las definiciones de traducción como acto intrasistémico de comunicación, acto transcultural y acto comunicativo cuyo criterio fundamental es la funcionalidad. Según Hewson y Martín (1991) la traducción es una “ecuación cultural” y el traductor un “operador cultural”.

Retomamos la primera definición enunciada que establecía la presencia de un sujeto (el traductor) con una competencia específica (la competencia traductora) que debe realizar un complejo proceso mental, comprender el sentido que transmiten los textos, reformularlo con los medios de otra lengua, teniendo en cuenta las necesidades del destinatario y la finalidad de la traducción. Así se interpreta el texto, el contexto, la finalidad de la traducción para comunicar. Según Bell. R (2001) el traductor tiene como primera misión la de comunicar ideas y significados, relegando a un segundo término las precisiones estilísticas, pragmáticas o históricas. Esto releva la figura del traductor como comunicador y la traducción como un acto de comunicación, es decir **un acto creativo**.

La traducción no es una ciencia exacta al igual que el lenguaje no tiene armaduras estructurales al modo de las ciencias exactas.

Actualmente, la teoría de la traducción no se encuentra en condiciones de ser considerada una ciencia exacta y no creemos que la situación cambie en el futuro: la traducción no podrá considerarse nunca una ciencia exacta debido a la subjetividad implícita como elemento esencial de cualquier manifestación artística, sea o no literaria. Se considera una concepción dialógica no sólo entre sonido y sentido y no sólo entre el “yo” y “los otros”, sino también entre teoría y práctica. A esto hay que añadir la traducción de obras literarias, simplemente por ser un hecho del lenguaje y más específicamente del habla, es susceptible de variaciones en el tiempo y en el espacio, por no mencionar factores de tipo extralingüísticos de toda índole. Esta variación es similar cuando menos a las sufridas por el lenguaje en sus implicaciones psicológicas, sociológicas y cognitivas y tanto a nivel general como individual.

La vinculación de la traducción con otras áreas del conocimiento, su interrelación con otras disciplinas como la psicología, la sociología, las teorías del conocimiento o la teoría de sistemas; más patente con la lingüística comparada, la literatura comparada y la estilística comparada hace que su campo sea muy extenso y a la vez estrechamente relacionado con el objeto de la traducción. Por este motivo se considera a la traducción dentro del ámbito más general de las disciplinas humanas, pero también dentro del conjunto de disciplinas en un sentido más amplio, así como considerarla participante en las distintas relaciones entre todas ellas. Así es que Roy Harris (1987) al referirse a la teorización sobre la traducción –la denomina “anti-traducción”.

Conclusión

Todo lo expuesto nos lleva a reflexionar sobre ese traductor que en realidad no es un traidor sino un mero comunicador que realiza un acto creativo y que desde su subjetividad reflexiona sobre esta práctica que se abre en un gran universo de disciplinas, que se abre en su heterogeneidad.

Bibliografía

- BARTHES, ROLAND (1953) Ensayo: *Le degré zéro de l'écriture*.
- BELL, ROGER *Psycholinguistic/cognitive Approaches to Translation en Baker. Encyclopedia of Translation Studies, London, Routledge, 2001.*
- DELGADO, JUAN MANUEL (1997) *Epistemologías, Epistémica y Epistemología*. en Jesús Ibáñez. *Teoría y Práctica*, Madrid. Endymion.
- FOUCAULT, MICHEL (1966) Cap. X "Las ciencias humanas". En: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, siglo XXI, 1996.
- FOUCAULT, MICHEL (1969) *La arqueología del saber*. México, siglo XXI, 1990.
- HATIM, B Y MASON, I. (1990) *Discourse and The Translator*. Longman Singapore Publishers Ltd. Printed in Singapore. 1997.
- HEWSON Y MARTIN (1991) *Redefining Translation. The Variational Approach*. Routledge, 1991.
- HURTADO ALBIR, AMPARO *Traducción y Traductología*. Cátedra del 2001. Madrid. 2001.
- RODRÍGUEZ MONROY, AMALIA *El saber del traductor. Hacia una ética de la interpretación*. Montesinos. Ensayo. Madrid. 1999
- ROY HARRIS (1987) www.royharrisonline.com.
- RUDOLF CARNAP (1931) Esquema de clasificación para dividir a la ciencia.